

muchas, mantenía-
mos contacto entre
nosotras, nos inter-
cambiábamos car-
tas. Transcurrieron
por lo menos unos
treinta años has-
ta que empeoraron
a rendirnos hono-
res... A invitarnos a
dar ponencias... Al
principio nos escuchó
diamos, ni siquiera
enseñábamos nus-
-

parte un trato similar. Durante la retirada a veces nos tumbábamos para descansar, directamente en el suelo, y ellos nos daban los capotes y se quedaban en mangas de camisa: "Hay que tapar a las chicas.... A las chiquillas.... Si encontraban un trozo de gasa, de algodón, siempre nos

¡Nada. Te lo digo...! Un día mi marido volvió del trabajo: "Vamos, por la calle he visto a un sofá viejo...". Fuimos a buscar ese sofá, fuimos de noche, para que nadie nos vierá. ¡Qué alegría nos hizo! "Sí en embargo, era mos felices. ¡De pronto hicé tantas amigas! Era un ítem-

Pos dilectiles, pero no nos desanimábamos. Pasábamos por la tienda con nuestras cartillas de racionamiento y en seguida intercambiábamos llamas: "Me han dado azúcar, viente a tomar el té". No teníamos nada encima, ni nada debajo, nadie poseía cosas valiosas, alfombras,

no nos habíamos quitado el pantalón. ¿Me atrevé traer a mi hermano, que me habían fesser que me habían herido, que tenía le- siones? Si lo recono- ces, después nadie quiere darte trabajo, nadie quiere casarse contigo. Nos lo te- níamos callado. No le confesábamos a nadie que habíamos combatido. Como

lo ofrecían: "quédate
telo, te puede ser-
vir...". Compartían
con nosotras la últi-
ma galleta. En ellos
no veíamos otra cosa
que bondad y calor
humano. ¿Qué pasó
después de la gue-
rra? Me callo... Me
callo... ¿Qué nos im-
pide recordar? Será
la intolerancia a los
recuerdos...

IMPRESO EN BOGOTÁ



«A los dieciocho o a los veinte nos mar-chamos al frente, volvimos a los veinte o a los veinticuatro. Primero vivimos ale-gría, después miedo:

[I]

EL GUERRILLERO
SVETLANA ALEXIÉVICH
(1939-)

de deshacermos de la dictadura militar. Rapido-
damente me arregló el capote, que me sirvió
para confecionarme un abrigo, y le cambie
los botones. Venía! Las botas militares en un
mercado y me com-
pre unos zapatos. Me
bajé en lagrimas. No
puse un vestido y me
me reconocía en el es-
pacio, en cuatro años

cristalera... Nadá... XY éramos felices. Felices porque éramos vivos. Habíá-ramos nos reímos. Paseábamos por La- calle... Yo no para- ba de admirar todo lo que veía, aunque habría poco que ad- mirar: piedras que- brantadas, inciso- brantadas, árboles estaban multilados. El amor

primera sabana. Mas
tarde, cuando nació
nuestra hija, la utili-
zamos para hacer pa-
ñales. Si, un mapa...
Lo recordó bien:
un mapamundi po-
litico... La maleta de
chapa de madera con
la que mi marido re-
sistivo de cuña. En
nuestra casa, aparte
de amor, no había

tras condecoració-
nes. Los hombres se
las ponían, las muje-
res no. Los hombres se
eran los vencedores,
los heroes; lo no-
vios habían hecho
otras nos miraban
con otros ojos. De un
modo muy diferen-
te... Nos arrebataron
la Victoria, ¿sabes?

fue lo que nos arropó. Necesitábamos compañía, todos nosotros sentíamos mucha necesidad de calor humano. Con el tiempo, claro, cada uno se encerró en su casa, con su familia, pero en aquella época formábamos una piña. Codo con codo, como en las trincheras...».

»Mi marido y yo nos mudamos a Minsk. No teníamos nada: ni una sábana, ni una taza, ni un tenedor... Dos capotes y dos camisas militares. Encerramos un mapa, un mapa de buena calidad, con una base de tejido de algodón. Lo remojamos... Era un mapa grande... Aquella fue nuestra

la cambiaron por la simple felicidad femenina. No compartieron la victoria con nosotras. Era injusto... Incomprensible... Porque en el frente el trato que nos habían dado los hombres era formidable, siempre nos protegían. En la vida normal nunca he vuelto a ver por su